

la Revista

DOMINGO
7 DE SEPTIEMBRE DE 2003

para leer en verano



RELATO / 2 Y 3

Almudena Grandes
Maldito sushi

"Esta mal que yo lo diga, pero les aseguro que así, de entrada, ni siquiera lo de las Torres Gemelas me desanimó tanto".



RELATO / 4, 5, 6 Y 7

Arthur C. Doyle
El cuarto de la pesadilla

"Todo el lujo estaba concentrado en el parte del cuarto que daba a la calle concurrida que pasaba por debajo".



RELATO / 8 Y 9

Serafín González
La visita

Desde luego, no era un mundo normal lo que le rodeaba, pero sí era algo que conocía, que le sonaba mucho, demasiado".

RELATOS DE VERANO

A Almudena Grandes, nuestra autora, el sushi le gusta extraordinariamente. Para conseguir uno de sus principales ingredientes, el pescado, no duda en emprender una buena excursión en coche, con su marido al volante, desde Rota hasta Barbate. Lo que busca es algo tan vulgar en apariencia como una lata de atún en aceite de oliva. El que ella desea es el más excelso de todos los atunes. ¿Lo encontrará?

Maldito sushi



por Almudena Grandes

El trayecto no es lo bastante largo para merecer el calificativo de viaje, pero sigue siendo una buena excursión por más que hayan mejorado las carreteras. Desde Rota hasta El Puerto, casi caravana. Después, autovía hasta San Fernando, y mucho cuidado, que todos los años nos perdemos y acabamos metiéndonos en Cádiz...

... Mi marido y a la sazón conductor me mira con una generosidad rayana en la condescendencia y me ruega que no me preocupe. No me voy a perder, me asegura, y en efecto, no se pierde. Tomamos una carretera secundaria, de esas que aparecen pintadas de verde en los mapas, y al ver una desviación a Vejer de la Frontera, lanzo un

grito tal, y tan agudo, que al pobre no le queda remedio que hacerme caso. Entonces es cuando nos equivocamos de camino, y por culpa mía, lo desconozco. Ahora vamos por una carretera enloquecida de puro empinada, que en el mapa aparece pintada de amarillo y no sé yo si se merece siquiera ese color, pero al llegar arriba, y coronar el pueblo

“ Mi marido y a la sazón conductor me mira con una generosidad rayana en la condescendencia y me ruega que no me preocupe. No me voy a perder. Y no se pierde. ”

“ No tenemos prisa, porque hoy no tenemos otra cosa que hacer. Es nuestro gran día de caza del verano, la expedición anual en pos del manjar. ”

inmaculado en busca de la cuesta inversa, que nos devolverá por fin, y con media hora de retraso, a la carretera que nunca deberíamos haber abandonado, le pregunto si es que acaso no es bonito lo que ve, y los dos nos echamos a reír. No tenemos prisa, porque hoy no tenemos otra cosa que hacer. Es nuestro gran día de caza del verano, la expedición anual en pos del manjar más raro que yo haya probado jamás, algo tan vulgar en apariencia como una lata de atún en aceite de oliva, que sin dejar de ser una lata de atún en aceite de oliva, no se parece ni remotamente, sin embargo, a eso en lo que todos ustedes están pensando. La madre de todos los atunes, Miss Atún del Universo, la única Reina de los Mares y el mismísimo dios Poseidón encarnados a dúo en una sola y atunada persona nos están esperando.

La playa de Barbate parece una postal, con sus barquitos de pesca y sus casas blancas, y el perfil de una arena idealmente dorada recortándose contra el espejo de agua de un océano idealmente azul. El pueblo está tranquilo, como

“ El pueblo está tranquilo, como siempre, aunque, como siempre también, no hay sitio para aparcar bien en ninguna parte. Al final aparcamos mal. ”

siempre, aunque, como siempre también, no hay sitio para aparcar bien en ninguna parte. Al final aparcamos mal, encima de una acera, y cruzo la calle corriendo sin mirar, mis ojos ya clavados en la estantería donde los envases azules, un kilo de felicidad al simple alcance de un abrelatas, me seducen a través del escaparate acristalado. Al entrar en la tienda, doy los buenos días a la dependienta sin mirarla siquiera, pero ella me presta más atención, porque cuando estoy ya delante de un expositor lleno de latas etiquetadas con expresiones que mi mente se niega a procesar por muy bien que yo las lea -caballa en aceite, dicen, sardinas en aceite, mejillones en escabeche, navajas al natural-, se acerca a mí sin hacer ruido.

“ ¿Que no hay? - está mal que yo lo diga, pero les aseguro que así, de entrada, ni siquiera lo de las Torres Gemelas me desanimó tanto- ”

-No estará buscando atún, ¿verdad? -y detecto una brizna de compasión en su voz.

-Sí, claro que sí... -y la miro para comprobar que ella me devuelve una mirada triste-. Vengo desde Rota..., y antes desde Madrid, sólo para... Vengo todos los años...

-Ya, si la conozco de otras veces. Pero ahora no hay.

-¿Que no hay? -está mal que yo lo diga, pero les aseguro que así, de entrada, ni siquiera lo de las Torres Gemelas me desanimó tanto-. ¿Cómo que no hay? No puede ser...

-Hace casi un año que la fábrica no envasa atún, hace meses ya que no tenemos. No se crea que es la primera. Hay mucha gente esperando, pero no nos entra nada, lo siento.

Esto debe ser el alemán aquel, digo para mí misma, el alemán aquel, aquel maldito comisario de Agricultura que no me acuerdo cómo se llama... Del apellido no, pero de todos sus muertos sí consigo acordarme cuando, sólo un par de segundos más tarde, la dependienta lo exime de

toda culpa.

-Son los japoneses, ¿sabe? Compran todos los atunes que pueden, en los mismos barcos, antes de tocar puerto. Van por ahí, con una lancha rápida, y lo apalabran todo en alta mar. Aquí llega muy poco, desde luego. Se lo quedan ellos, para hacer... Bueno, eso que hacen con el pescado crudo, ya sabe...

Nunca más, me digo, nunca más. Nunca pagaréis bastante por este crimen. Me estoy prometiendo a mí misma una vuelta incondicional a la cocina cantonesa, cuando la barbateña resume la realidad con una contundente precisión.

-Y es lo que decimos en el pueblo, que hay que jorobarse con la globalización, ¿verdad?

-Pues sí -respondo yo-. Desde luego.

ALMUDENA GRANDES



La escritora Almudena Grandes nació en Madrid en 1960.

BIOGRAFÍA

Tras cursar estudios de Geografía e Historia en la Universidad Complutense, realizó toda suerte de trabajos editoriales, en particular de redacción de textos por encargo. En enero de 1989 ganó el XI Premio La Sonrisa Vertical con su primera novela, *Las edades de Lulú* (La Sonrisa Vertical 61 y Fábula 10); con ella se dio a conocer no sólo en España, sino en diecinueve países, donde se ha editado con abrumador éxito de crítica y público. En 1991 apareció su segunda novela, *Te llamaré Viernes* (Andanzas 136 y Fábula 23), en 1994 *Malena es un nombre de tango* (Andanzas 211 y Fábula 127), cuatro años más tarde *Atlas de geografía humana* (Andanzas 350 y Fábula 165) y, en febrero de 2002, *Los aires difíciles* (Andanzas 466).

Todos estos títulos, junto con el volumen de cuentos *Modelos de mujer* (Andanzas 263 y Fábula 100), en el que se pueden encontrar relatos como éste, hacen de Almudena Grandes uno de los principales valores de la narrativa española contemporánea. El volumen consiste en siete los esbozos de personajes de mujer, creados por alguien que confiesa que "no existen en ninguna clase de literatura femenina, y, por eso, todas las protagonistas son mujeres".

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Sushi: Plato japonés que consiste en una amalgama de arroz blanco, sobre la que se disponen pequeñas porciones de pescado crudo previamente macerado en sal. También, pequeños rollitos de arroz blanco con pescado crudo en el interior, rodeados de algas negras.

A la sazón: En aquel tiempo u ocasión.

Poseidón: Es el dios de la mitología griega asimilado al dios romano Neptuno. Hijo de Crono y Rea, es uno de los dioses olímpicos y, por lo tanto, pertenece a la segunda generación divina. Éste no sólo reina en el mismo mar, sino en las costas: deshace los acantilados y las islas y hace brotar las fuentes. Está armado de un tridente, el arma por excelencia de los pescadores de atún, y se hace llevar en un carro que arrastran animales monstruosos, medio caballos y medio serpientes.

Participó junto a sus hermanos en la lucha contra los Titanes y los Ciclopes le regalaron el tridente, símbolo de su poder. Tras vencer en esta guerra, sus hermanos y él se reparten el mundo; Poseidón toma posesión del mar, y tiene control sobre las aguas corrientes y los lagos, pero no sobre los ríos ya que éstos tienen divinidades propias.

Navajas: Molusco marino, cuya concha se compone de dos valvas simétricas, lisas, de color verdoso con visos blancos y azulados, de diez a doce centímetros de longitud y dos de anchura, y unidas por uno de los lados mayores para formar a modo de las cachas de la navaja. La carne es comestible y muy apreciada.

El alemán aquel de Agricultura: La autora se refiere al comisario europeo Franz Fischler.

Cantónes: De Cantón, ciudad de China hoy Guangzhou.

Globalización: Tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales.

Campaña

Lee en verano

Del 1 de julio al 31 de agosto

Lugares de lectura

Piscinas Ciudad Deportiva Sur Piscinas del Casino abulense Jardín del Recreo Jardín de San Antonio
Zona de Juegos de Avda. Juan Pablo II

Horarios: Piscinas de 12 a 14 h. y de 16 a 20 h. -Excepto los lunes- • Jardines: lunes a sábados de 11,30 a 14 h. y de 17 a 21 h. De lunes a viernes



Ayuntamiento de Ávila
Concejalía de Cultura

RELATOS DE
VERANO

Conan Doyle nos muestra a los dos miembros del matrimonio Mason. Vemos que son totalmente opuestos entre sí. Ella proviene del sur y fue la más bella danzarina de Francia, con una docena de aventuras de amor en su pasado, que renuncia a todo para compartir su vida con un joven hombre de negocios norteamericano, abnegado y austero. Este mismo contraste lo vemos en la habitación que da título al relato.

El cuarto
de la
pesadilla (I)

por Arthur C. Doyle

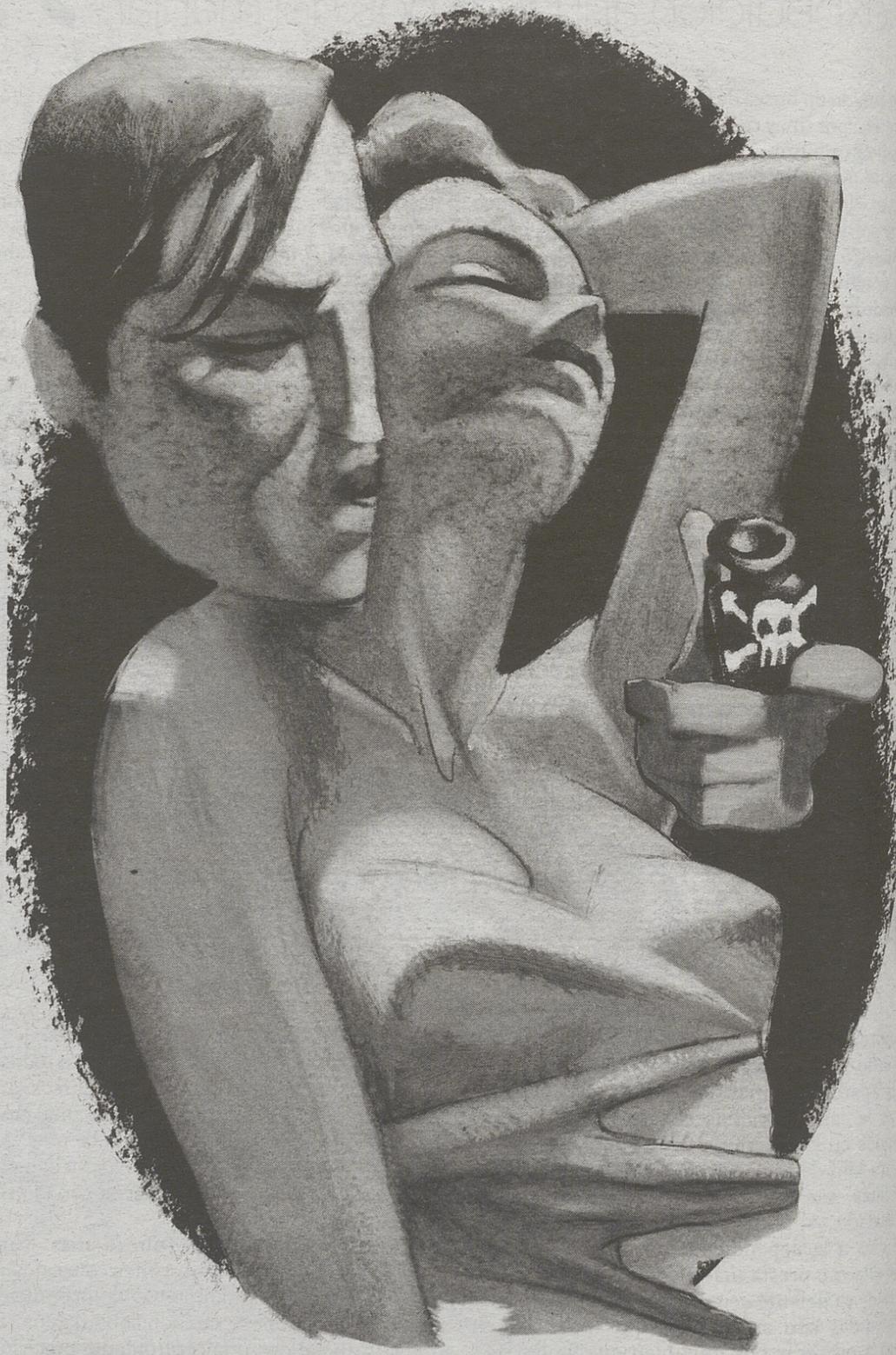
La sala de estar de la familia Mason era un cuarto muy curioso. En uno de sus lados estaba amueblado con extraordinario lujo. Los mullidos sofás, los sillones bajos y cómodos, las estatuillas voluptuosas y los ricos cortinajes que colgaban de galerías anchas y decorativas de metal trabajado formaban un recuadro muy a propósito para la encantadora dueña de la casa. Mason, hombre de negocios joven, pero de gran fortuna, no había escatimado molestias ni dinero para satisfacer todas las necesidades y todos los caprichos de su bellísima esposa. Era natural que lo hiciese, porque también ella había renunciado a muchas cosas por amor suyo. Ella, la más célebre danzarina de Francia, la heroína de una docena de extraordinarias aventuras de amor, había renunciado a su vida de placeres deslumbrantes con objeto de compartir la suerte de un joven norteamericano cuyas austeras normas de vida tanto se diferenciaban de las suyas. El marido procuraba compensar lo que ella había perdido proporcionándole todo cuanto la riqueza era capaz de conseguir. Quizá algunas personas pensarán que habría dado pruebas de mejor gusto no proclamando ese hecho, no permitiendo que apareciese en letras de molde; pero, fuera de ciertos detalles pequeños como éste, su conducta como marido no dejó de ser ni un solo momento la de un hombre enamorado. Ni siquiera en presencia de espectadores se recataba de exhibir públicamente el amor absorbente que lo dominaba.

Pero la sala en cuestión era extraordinaria. Al principio parecía una cosa que no se salía de lo vulgar; pero después de frecuentarla por algún tiempo se descubrían en la misma unas características siniestras. Era un cuarto silencioso, de una mudez absoluta. En sus ricas alfombras y tapicerías se ahogaban toda clase de pisadas. Ni siquiera un forajeo, o la caída de un cuerpo, producían el más ligero ruido. Otra característica era lo apagado de sus colores y la luz, que parecía estar pasada siempre por un tamiz. Tampoco su amueblamiento resultaba de gusto uniforme. Se habría dicho que

cuando el joven banquero llevaba derrochadas miles de libras en aquel salón íntimo, en aquel estuche para la joya de que era dueño, se dio súbitamente cuenta de que no había calculado el coste de aquello, y no había seguido adelante, por miedo a la bancarrota. Todo el lujo estaba concentrado en la parte del cuarto que daba a la calle concurrida que pasaba por debajo. En cambio, en el lado contrario, el cuarto estaba desnudo, espartano, y reflejaba más bien los gustos de un hombre sumamente ascético y no los de una mujer amante del placer. Quizá por esa razón ella no pasaba en ese cuarto sino algunas horas cada día, dos unas

veces, cuatro en otras ocasiones; pero mientras estaba allí vivía intensamente, y Lucila Mason era dentro de aquel cuarto de pesadilla una mujer muy distinta de lo que era fuera de allí, y también mucho más peligrosa.

Peligrosa. Ésa era la palabra. Nadie que hubiese visto su cuerpo delicado descansando encima de la enorme piel de oso con que el sofá estaba revestido habría dudado de su peligrosidad. Lucila descansaba sobre el codo del brazo derecho y apoyaba su barbilla fina, pero voluntariosa, en la palma de su mano, mientras sus ojos, rasgados y lánguidos, adorables, pero inexorables, miraban frente a ella con una firme intensidad que tenía algo de confusamente espantoso. Era el suyo un rostro encantador, el rostro de una niña; pero la Naturaleza había colocado en ese rostro alguna marca sutil, cierta expresión indefinible, que delataban el demonio que se escondía en el interior. Se había observado que los perros retrocedían al aproximarse a ella y que los niños rompían a llorar y huían cuando pretendía acariciarlos. El ins-



FERNANDO VICENTE

“ Todo el lujo estaba concentrado en la parte del cuarto que daba a la calle concurrida que pasaba por debajo. ”

“ La tarde a que nos referimos ocurrió algo que la había trastornado profundamente. Tenía en su mano una carta, y la leía y releía con concentración. ”

tinto profundiza más que la razón.

La tarde a que nos referimos ocurrió algo que la había trastornado profundamente. Tenía en su mano una carta, y la leía y releía con una contracción de sus finas cejas y un adusto apretar de sus labios deliciosos. De pronto experimentó un sobresalto, y una sombra de miedo suavizó la felina amenaza de sus facciones. Se incorporó, apoyándose en su brazo, y clavó con ansiedad su mirada en la puerta. Escuchó atentamente; permaneció escuchando en espera de algo que le causaba espanto. Una sonrisa de alivio jugueteó por un momento en su rostro expresivo. De pronto metió la carta dentro de su escote, con una mirada de horror. Acababa de hacerlo, cuando se abrió la puerta y entró con paso vivo en el cuarto un hombre joven. Era Archie Mason, su esposo, el hombre al que ella había amado; el hombre por el que había sacrificado su celebridad europea; el hombre al que ahora miraba como único obstáculo para su nueva y maravillosa aventura.

El norteamericano era hombre de unos treinta años, completamente afeitado, de miembros atléticos, vestido elegantemente, con un traje de corte ajustado, que marcaba la línea perfecta de su cuerpo. Se quedó cerca de la puerta, cruzado de brazos, mirando fijamente a su mujer; su cara habría

“ Era Archie Mason, su esposo, el hombre al que ella había amado, el hombre por el que había sacrificado su celebridad europea... ”

podido calificarse de máscara hermosa y curtida por el sol de no haber sido por aquellos ojos de mirada cortante. Ella seguía recostada sobre el codo, pero no apartaba sus ojos de los de Mason. Algo espantoso ocultaba aquel silencioso intercambio de miradas. Ambos se interrogaban mutuamente, y ambos hacían pensar en que la respuesta a su interrogación era asunto de vida o muerte. La pregunta del marido podía interpretarse como «¿Qué es lo que has hecho?». Ella, por su parte, parecía estar preguntando: «¿Qué es lo que tú sabes?». Por último, Mason avanzó, se sentó encima de la piel de oso; al lado de Lucila, y agarrando con toda delicadeza entre sus dedos el fino lóbulo de una oreja, volvió hacia él la cara de su mujer y preguntó:

-Lucila, ¿verdad que me estás envenenando?

Ella dio un respingo para evitar su contacto; en su rostro se pintó el horror y las protestas acudieron a sus labios. Demasiado emocionada para hablar, fueron sus manos, extendidas violentamente, y sus facciones convulsas las que exteriorizaron su sorpresa y su cólera. Trató de levantarse, pero los dedos del marido apretaron su presión sobre la muñeca de la mujer. Repitió la pregunta,

pero esta vez le dio un significado terrible:

-Lucila, ¿por qué me estás envenenando?

-¡Tú estás loco, Archie, estás loco! -contestó ella jadeante.

La contestación de Mason heló la sangre de Lucila. No supo hacer otra cosa que mirarle fijamente, con los labios pálidos entreabiertos y las mejillas lívidas, en un silencio de desamparo, mientras él extraía de su bolsillo una botellita y se la ponía delante de los ojos, gritando:

-¡Estaba en el estuche de tus joyas!

Por dos veces trató ella de hablar y no pudo. Por fin, las palabras acudieron lentamente, una a una, a sus labios contorsionados:

-Pero nunca llegué a usarlo.

Otra vez buscó él algo en su bolsillo. Sacó un papel, lo desdobló y se lo puso delante de los ojos:

-Es el certificado del doctor Angus. Afirma que contiene doce gramos de antimonio. Tengo también la declaración de Du Val, el farmacéutico que lo vendió.

Daba miedo ver la cara de Lucila. Esas palabras no admitían réplica. No acertaba sino a seguir allí, inmóvil y con la mirada fija y desesperada. Parecía una fiercilla caída en una trampa mortal. Él le preguntó:

-¿Qué contestas?

No obtuvo otra réplica que un movimiento de desesperación y de súplica. Entonces él dijo:

-¿Por qué? Yo necesito saber el porqué.

Mientras Mason hablaba, descubrió el borde de la carta que ella había metido apresuradamente dentro del pecho. Se la arrancó de un tirón. Ella lanzó un grito desesperado y se la quiso quitar, pero él la mantuvo apartada con un brazo mientras leía el escrito. De pronto jadeó:

-¡Campbell! ¡Es de Campbell!

Ella recobró su audacia. Ya no había nada que ocultar. La expresión de su rostro se hizo dura y firme, y sus miradas parecían puñaladas mortales.

-Sí; es de Campbell -gritó.

-¡Santo Dios! ¡Precisamente de Campbell!

Se puso en pie y caminó a rápidas zancadas por la sala. Campbell, el más noble entre todos los hombres que él había tratado en su vida; Campbell, cuya historia no era otra cosa que una larga cadena de abnegaciones, de valor, de todas las cualidades que distinguen al hombre elegido. También él era una víctima más de esta sirena, y se había visto arrastrado hasta el punto de traicionar, si no de hecho, con la intención al menos, al hombre cuya mano estrechaba como la de un

ARTHUR CONAN DOYLE



Nació el 22 de mayo de 1858 en Edimburgo (Escocia) y falleció el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex, en Inglaterra).

BIOGRAFÍA

Médico, novelista y escritor, fue el creador del inolvidable detective Sherlock Holmes. Conan Doyle estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en escarlata*, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el criminal Moriarty. Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina. Los mejores relatos de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su último saludo en el escenario* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso. Debido a su versatilidad, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro *Historia de Waterloo* (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902). Por estas obras se le concedió el título de sir en 1902. Durante la I Guerra Mundial escribió *La campaña británica en Francia y Flandes* (6 volúmenes, 1916-1920). Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924, sólo seis años antes de su muerte.

amigo. Aquello parecía increíble..., pero allí estaba, en sus manos, la carta apasionada, suplicante, en la que pedía a su esposa que huyese y compartiese el destino de un hombre pobre de necesidad. Pero, al menos, todas las frases de la carta daban a entender que Campbell no había pensado en la suerte de Mason, que lo habría desembarazado de toda clase de dificultades. Solución tan endemoniada era producto del cerebro astuto y malvado que maquinaba sus planes dentro de aquel cuarto maravilloso.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Voluptuosa: Que inclina a la voluptuosidad (complacencia en los deleites sensuales), la inspira o la hace sentir.

Tamiz: Cedazo (instrumento compuesto de un aro y de una tela, por lo común de cerdas, más o menos clara, que cierra la parte inferior: sirve para separar las partes sutiles de las gruesas de algunas cosas) muy tupido.

Antimonio: Elemento químico de número atómico 51. Semimetal escaso en la corteza terrestre, se encuentra nativo o en forma de sulfuro. Es duro, quebradizo y de color blanco azulado, aunque algunas variedades son oscuras o casi negras. Fue utilizado como cosmético, y aleado con diversos metales en pequeñas cantidades, les da dureza, como el plomo en los caracteres de imprenta.

Abnegación: Sacrificio que alguien hace de su voluntad, de sus afectos, o de sus intereses, generalmente por motivos religiosos o por altruismo (diligencia en procurar el bien ajeno a costa del propio).

Sirena: Ninfa marina con busto de mujer y cuerpo de ave, que extrañaba a los navegantes atrayéndolos con la dureza de su canto. Algunos artistas la representan impropriamente con torso de mujer y parte inferior de pez.

Espartano: Austero, sobrio, firme, severo.

Campaña

Lee en verano



Ayuntamiento de Ávila
Concejalía de Cultura

RELATOS DE
VERANO

El cuarto de la pesadilla (y II)



FERNANDO ALVARADO

por Arthur C. Doyle

Mason era un hombre de los que sólo se encuentra uno entre un millón: filósofo, pensador, poseído de una simpatía llena de comprensión y de ternura hacia los demás. Su alma quedó anegada en amargura durante un momento. En ese momento habría sido capaz de matar a su esposa y a Campbell, para después matarse con la serenidad de espíritu propia de quien ha cumplido con lo que era una obligación evidente. Pero un momento después, paseándose por la habitación, empezaron a prevalecer en su cerebro otros pensamientos más

benignos. ¿Cómo podía censurar a Campbell? Esta mujer poseía un encanto irresistible, nacido no sólo de su belleza física maravillosa. Parecía dotada de una facultad exclusiva suya: la de interesarse por un hombre, meterse a fuerza de retorcimientos hasta lo más hondo de su conciencia, atravesar aquellos pliegues de su personalidad demasiado sagrados para exponerlos al mundo y aguijonearlo hacia la ambición, e incluso hacia la virtud. Ahí era precisamente donde se descubría la mortífera sabiduría de sus redes. Recordaba lo que a él le había ocurrido: Lucila era entonces una mujer libre -o así, al menos, lo creyó él- y no había encontrado ningún obstáculo para hacerla su esposa. Pero supongamos que hubiese estado casada. ¿Habría sido eso un obstáculo insuperable para él? ¿Habría sido

capaz de apartarse de ella sin haber llegado a saciar sus anhelos? Mason no tenía más remedio que confesarse que, a pesar de toda su tenacidad de hombre de la Nueva Inglaterra, no habría podido resignarse. ¿Por qué, pues, sentía tal rencor contra este desdichado amigo suyo que se veía ahora en el mismo caso? Y al pensar en Campbell, su corazón rebotó de piedad y simpatía.

¿Y ella? Allí la tenía, tendida en el sofá, como una pobre mariposa destrozada, con sus ensueños aventados, su conjura descubierta, las perspectivas de su porvenir téticas y llenas de peligros. Y el corazón de Mason se sintió invadido de compasión, incluso hacia ella, convicta de empuñadora. Conocía detalles de su vida pasada. Le echaron a perder desde la cuna a fuerza de mimos, de falta de frenos, de no domar sus instintos, de dejarla que se saliese siempre con la suya, a fuerza de astucia, de belleza y de encantos. Jamás encontró un obstáculo en su camino. Ahora que surgía uno había querido apartarlo, en un acceso de locura y de perversidad. Pero si ella había querido apartar a toda costa el obstáculo ¿no significaba eso mismo que él, Mason, había sido encontrado falto de peso, es decir, que él no

“ Mason no tenía más remedio que confesarse que, a pesar de toda su tenacidad de hombre de la Nueva Inglaterra...” ”

“ Sintió que su corazón se compadecía de ella como se habría compadecido de una niña que se encuentra en una situación dolorosa e irremediable. ”

era el hombre capaz de proporcionarle la paz del alma y la satisfacción interior? Él era demasiado severo y demasiado razonable para aquel temperamento de alas inquietas y alegre. Él era un hombre del Norte y ella una mujer del Sur, a los que había juntado fuertemente la ley de los contrastes, pero sólo de un modo pasajero. Él debió preverlo, sí; debió haberlo comprendido. Sintió que su corazón se compadecía de ella como se habría compadecido de una niña que se encuentra en una situación dolorosa e irremediable. Estuvo un rato paseándose por la sala sin decir palabra, con los labios apretados, con los puños apretados hasta clavarse las uñas en la carne. De pronto, en un arranque brusco, sentóse junto a Lucila y oprimió entre las suyas las manos frías e inertes de la joven. Un pensamiento se abrió paso en su cerebro: «¿Es esto que hago un acto de caballerosidad o de cobardía?». Esa pregunta resonó en sus oídos, tomó forma en letras ante sus ojos, y casi le pareció que tomaba forma exterior y material de modo que todo el mundo podía leer esas letras.

mano de Mason que oprimía la botella fatal y gritó:

Archie, ¿serías tú capaz de perdonarme hasta eso?

Él la miró y se sonrió.

-Después de todo, no eres sino una niña voluntariosa.

Ella extendió sus manos para abrazarlo, pero en ese instante dieron unos golpes a la puerta y entró la doncella caminando de la manera muda con que todo se movía dentro del cuarto de pesadilla. Presentó una tarjeta en la bandeja. Lucila miró a Mason y dijo:

-Es el capitán Campbell. No quiero recibirlo.

Mason se puso en pie de un salto.

-Todo lo contrario; llega en buena hora. Hágalo pasar inmediatamente.

Pocos momentos después entraba en la sala un militar joven, de elevada estatura y rostro bronceado por el sol. Avanzó con una sonrisa en su rostro simpático; pero así que se cerró la puerta y las dos caras que tenía delante recuperaron su expres-

“ En su lugar empezaba ella a vislumbrar a un héroe, a un santo, a un hombre capaz de elevarse hasta alturas inhumanas de abnegación. ”

La lucha interna había sido terrible, pero él se había dominado, y dijo.

-Querida, tú misma vas a elegir entre nosotros. Si estás verdaderamente segura, segura, ¿me comprendes?, de que Campbell es capaz de hacerte feliz como marido, yo no seré un obstáculo.

¿Te divorciarías? -jadeó ella.

La mano de Mason apretó la botella del veneno y contestó:

-Llámalo divorcio, si así te parece.

Los ojos de aquella mujer, fijos en Mason, se fueron iluminando con un extraño resplandor. Ella no se había enterado de la existencia de ese hombre dentro de Mason. Desaparecía el norteamericano, rudo y materialista. En su lugar empezaba ella a vislumbrar a un héroe, a un santo, a un hombre capaz de elevarse hasta alturas inhumanas de abnegación. Apretó con sus dos manos la

sión natural, se detuvo, indeciso, mirando primero al uno y luego a la otra.

¿Qué pasa? -preguntó.

Mason se adelantó hacia él y le puso las manos en los hombros, diciendo:

-No te guardo rencor.

¿Rencor?

-Estoy enterado de todo. Quizá si yo estuviese en tu lugar y tú en el mío habría hecho lo mismo que has hecho tú.

Campbell se echó atrás y dirigió una mirada interrogadora a la dama. Ésta inclinó la cabeza en señal de asentimiento y luego encogió sus hombros encantadores. Mason se sonrió.

-No temas que te quiera sacar por sorpresa una confesión. Ella y yo hemos hablado con franqueza acerca del asunto. Veamos, Jack. Tú fuiste siempre un buen sportsman. Mira esta botella. No te

importe cómo ha llegado a mis manos. La situación quedará despejada con sólo que tú o yo bebamos su contenido -hablaba como fuera de sí, como si delirase casi-. Lucila, ¿cuál de nosotros va a ser?

En el cuarto de pesadilla venía actuando en todo ese tiempo una fuerza extraña. Había allí un tercer hombre, aunque ninguno de los tres que se encontraban en la crisis del drama de su vida había tenido ni tiempo ni pensamiento para darse por enterado de su presencia. Nadie habría podido decir el tiempo que allí llevaba, ni todo lo que había escuchado. Permanecía agazapado junto a la pared, en el rincón más lejano del pequeño grupo, lo mismo que un siniestro reptil, silencioso e inmóvil, salvo por un leve calambre nervioso de su mano derecha cerrada. Ocultáballo a la vista una especie de caja cuadrada y un paño negro dispuesto astutamente encima, como para ocultar su cara. Había seguido con la mayor atención y ansiedad todas las fases del drama, y casi había llegado el momento de que interviniese. Pero ninguno de los otros tres personajes esperaba esa intervención. Absortos en el juego mutuo de sus propias emociones, habían perdido de vista una fuerza superior a ellos; una fuerza que podía dominar la escena en cualquier momento.

¿Eres hombre bien templado, Jack? -preguntó Mason.

El militar asintió con un movimiento de cabeza. Pero en ese instante gritó la mujer:

¡No! ¡Eso no, por amor de Dios!

Mason había quitado el tapón de la botella, y volviéndose hacia una mesita lateral, sacó una baraja. Colocó juntas la botella y las cartas y dijo:

-No debemos cargar sobre ella la responsabilidad. ¡Ea, Jack, la suerte decidirá!

El militar se acercó a la mesa y barajó las cartas fatales. La mujer, apoyándose en una mano, inclinó la cabeza hacia adelante y miró con ojos fascinados.

Entonces, y sólo entonces, descargó el rayo.

El tercer hombre se había erguido, pálido y muy serio.

Los tres restantes se dieron súbitamente cuenta de su presencia y se volvieron hacia él con expresión de ansiosa interrogación en sus miradas. El los miró con frialdad, con desagrado, con algo en su porte del que es allí el amo.

¿Qué tal? -preguntaron los tres al mismo tiempo.

¡Un desastre! -les contestó-. ¡Un desastre! Mañana volveremos a rodar toda la escena.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Anegar: Inundar.

Prevalecer: Dicho de una persona o de una cosa: sobresalir, tener alguna superioridad o ventaja entre otros.

Retorcimiento: Acción o efecto de retorcer o retorcerse. En el texto, dirigir un argumento o raciocinio contra el mismo que lo hace. También, interpretar siniestramente algo, dándole un sentido diferente del que tiene.

Aguijonear: En el texto, incitar, estimular, inquietar, atormentar.

Tenacidad: Cualidad de tenaz: en el texto, firme, porfiado, y pertinaz en un propósito.

Conjura: Conspiración, unión de varias personas o cosas contra alguien para hacerle daño o perderle.

Convicto: Se dice del reo a quien legalmente se ha probado su delito, aunque no lo haya confesado.

Abnegación: Sacrificio que alguien hace de su voluntad, de sus afectos o de sus intereses, generalmente por motivos religiosos o por procurar el bien ajeno a costa del propio.

Agazapado: Agachado, encogiéndose el cuerpo contra la tierra como lo hace el gazapo (conejo nuevo) cuando quiere ocultarse de quienes lo persiguen.

Templado: Moderado, contenido y parco en la comida o la bebida o en algún otro apetito o pasión.

Porte: Modo de gobernarse y portarse en conducta y acciones.

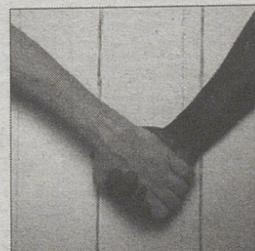
“ Ella y yo hemos hablado con franqueza acerca del asunto. Veamos, Jack. Tú fuiste siempre un buen sportsman. Mira esta botella. ”

Compartir es más que ganar

Y lo hemos aprendido de tí durante más de 125 años

Por eso en Caja de Ávila sabemos que compartir y reinvertir nuestros beneficios en la sociedad nos hace ganar a todos. A nuestros mayores, a nuestros jóvenes, a toda nuestra cultura e historia,...a nuestra vida.

Compartimos un futuro contigo.



Caja de Ávila

Nuestro interés, las personas.

ANIVERSARIO
125

RELATOS DE VERANO

Nunca imaginó Claudio, un pianista culto y metropolitano, cómo iba a cambiar su vida después de visitar a sus padres en un pequeño, triste y perdido pueblo. Su regreso a casa lo realiza apabullado por los recuerdos de su infancia que, poco a poco, van envolviéndole en un pasado que él creía olvidado pero que, en un sólo instante, le atrapa hasta convertirle en un vecino más del pueblo.

La Visita

por Serafín Sánchez González

DE memoria murmuraba la melodía, cerraba los ojos y sus dedos finos y delicados -casi como los dedos finos y delicados de una mujer elegante y con estilo- se deslizaban a través de las teclas blanquinegras, frágiles, sensibles del piano. Tocaba algo de Chopin. Pero enseguida paró las manos y abrió los ojos; hoy no lo estaba haciendo bien, no se centraba, porque hoy, esta tarde, precisamente, había de hacer un viaje que no le gustaba nada. Hacía tiempo que no iba al pueblo que le vio nacer. De este modo, no había vuelto a saber de sus padres: por las dos partes se habían distanciado mucho, nadie llamaba, nadie escribía, nadie daba su brazo a torcer... Pero ahora... la conciencia le palpitaba como un animal extraño que no hablaba y, sin embargo, parecía estarle acusando y martirizando con culpas sólo concernientes a su egoísmo y al olvido cruel de los que le habían dado la existencia. Un animal que se revolvió adentro hasta impedirlo a veces respirar...

Hace mucho que sentía vergüenza de ellos; Claudio hubiera deseado que ambos fueran algo más que nada, poco más que un par de analfabetos que nunca habían salido del pueblo ni habían escuchado en su vida un concierto de piano, dos desgraciados con los que no se podía contar y a los que no se les podía hablar de otra cosa que no fueran las simples que rodeaban su vida y por las cuales sobrevivían y luchaban con ahínco y un dolor ufanamente soportado. Hubiera sido feliz de tener al menos un padre compositor de música dodecafónica o una madre concertista de piano. Y mejor, los dos músicos, como él. Pero ellos eran... Eran un agricultor jubilado y una modista casi ciega y legañosa. Debía de ir, sí. Era su obligación; sabía que no tardarían ya en morir y no quería que esa voz callada y tortuosa le siguiera incomodando en sus inspiraciones musicales. Se levantó...

Desde el balcón se podía ver la calle vacía a esas horas y percibir la fragancia caliente llegada de las acacias, que ahí estaban, ligeramente movidas por el aire caliginoso del mediodía. Ningún coche. Ningún alma perezosa o dormida en los jardines de un poco más allá de la rotonda amarillenta y naranja, tupida de flores de temporada. No era raro nada de esto, no sólo por la hora, las tres en punto, sino porque era Agosto y la gran urbe se había despoblado. Antes de volver a entrar, inspiró profundamente ese aire extrañamente impoluto, limpio así de impurezas y contaminaciones asfixiantes. Al salir y cerrar la puerta del balcón, su rostro se dio de bruces contra el majestuoso espejo del salón, una enorme lámina octogonal de marco dorado y antiguo. Se detuvo para contemplarse: la frente despejada, el poco pelo que aún le quedaba, entrecano y lacio, los ojos algo saltones, las mejillas levemente hundidas, la piel cada día más arrugada y más



seca... pero sus manos, ...sus manos estaban igual que siempre, sus manos no envejecían, en ellas obraba el misterio o el milagro. No se explicaba lo que les ocurría a sus manos, finas y delicadas en todo momento, en toda época, aptas, diestras, intocadas por los estragos del tiempo, inmarchitables, eternas... Gracias a la esperanza que sus manos proyectaban, la tristeza no se lo comía por entero; esa interna tristeza que hacía intentos de sublevarse en mitad de una balada y que sus manos paraban... Sus manos detenían, en todo este tiempo inexorable de corrupción de la inocencia; ...en su caso, por lo demás, de todo punto reacio a abandonar la pureza y el classicismo intrínsecos, dos cualidades o secuelas en todo momento persistentes e integradas en su sentimentalismo exacerbado y casi patológico.

Mientras llegaba, dejaba que el paisaje lo impregnara, dejaba que su alma se llenara de paisajes reconocidos de otros tiempos lejanos, muy lejanos... Contra la ventana, paisaje y música se fundían en su cerebro. Unas manos invisibles tocaban ahora para él el nocturno en re bemol mayor... y alguien le traía al mismo tiempo aquello que perteneció a su infancia y que le acompañaría ya siempre, sin borrarse hasta la muerte: sus juegos bajo el melocotonero durante las siestas, sus primeras lecturas de biografías de músicos a la grata sombra templada, recostado contra el tronco, algunas tímidas idas y venidas de la inspiración inmadura entretando... Se acordaba perfectamen-

te, como si aquella memoria hasta la adolescencia fuera indestructible o inmune a los avatares del olvido.

Con la maleta (sólo lo justo, pues no trataba de quedarse más que el tiempo indispensable) en una mano, y la otra sobre su cabeza, a causa del sol crudo que descargada con toda su fuerza desde esa altura despejada de edificios, sobre él y el paraje desolado y polvoriento. Apenas un par de casas derruidas a la entrada, junto a montones de escombros que las desfiguraban por completo y las hacían irreconocibles para que, de este modo, no atrajeran los recuerdos más dulces y más amargos, los recuerdos más puros y más penosos. Azul solo en el cielo límpido y espejeante Y luz, excesiva luz cegadora; luz de resol y de cristal. Y un silencio que aturdía y resonaba, tan duro y acuciante que era posible que en él se oyera el runrún de su propio pensamiento o la voz que no se atrevía a surgir para romper el embrujo de una paz desequilibrada y agobiante, que parecía desecharlo de su seno enfermo. Desde luego no era un mundo normal lo que le rodeaba, pero sí era algo que conocía, que le sonaba mucho, demasiado, tanto que comenzó a sentir la necesidad de escapar. Descubrió que ese silencio anómalo lo mareaba, lo debilitaba, le dolía. Empezó a no creerse que allí hubiera vivido alguna vez, y hubiera jugado y leído debajo de un melocotonero que no sabía ya de su suerte, si se había secado o lo habrían arrancado o si verdaderamente todo fue una más de sus mentiras, si todo no fue más que un capricho de su ilusión veleidosa, ahora renovada, pero nunca real y cierta. En su cabeza, la calma y la serena nostalgia habían desalojado a los sonidos múltiples y encadenados de las notas del piano, tal vez influido ello por esa poderosa soledad que lo arrumbaba todo y se erigía en perpetua dominadora, se adueñaba de un pueblo en otra época vivo y bullicioso. Por muchas razones, se intuía el abandono y la renuncia en cualquier

“ Él ya no era un pueblerino, aquel niño rural, él era un hombre culto, metropolitano, con claras y personales ideas ”

parte, cualquier casa cerrada, cualquier rincón solitario y olvidado. Por un momento tuvo miedo: cada indicio inmóvil, cada mirada adivinada detrás de esas ventanas rajadas, detrás de esas bastas cortinas, al otro lado de los cristales tambaleantes - cuando se daba un suave portazo o arreciaba tan sólo una brizna de viento- y sujetados a duras penas con masilla resquebrajada, cada ruido amortiguado de algo invisible e incluso hostil y acechante, lo estremecían y lo llenaban de temores absurdos. A él, que había anhelado regresar victorioso de su triunfo algún día, del triunfo de ser grande. Y ahora venía a parar a un pueblo muerto, casi exactamente igual a como lo dejó, pero sin nadie que lo habitara. Estaba defraudado y con una terrible angustia, con una perpleja sospecha anidada en su pecho, en el centro de su pecho, en su corazón, en extremo vulnerable e inepto para con esta suerte de trances.

El sol se mecía contra el arroyo seco que bordeaba las casuchas de piedra y adobe. El viento abrigado entre el barranco, en el que yacía el pueblo, movía yerbajos altos y agostados, se columpiaba en las ramas de las moreras, cuyas grandes copas asomaban por cima de las tapias de las huertas a las traseras de las casas. Las tierras de alrededor del pueblo estaban segadas, había montoncitos de grano o muelos, no muy grandes, en recortados espacios de un suelo (lo que eran las eras de antaño) recubierto de césped completamente amustiado y arrebatado por la calorina. Algún que otro cardo borriquero rodaba erráticamente empujado por el aire calentorro que, más que refrescar el rostro, lo encendía de calor, y secaba los labios y la boca, y provocaba una sed irresistible. La tarde traía rumores de motores, rebuznos de acémilas en alguna parte incierta del seco y agotado (casi desértico) campo, sonidos imprecisos de pequeñas voces distintas que se entrecruzaban en el aire caldeado; el mismo aire abrasado que levantaba polvaredas en los caminos de tierra y las calles sin empedrar. Y, sin embargo, nadie a la vista. Sólo él y su sombra leal penetrando en el terreno sagrado de sus recuerdos y sus sueños añejos. Sólo él, vivo en el territorio de los muertos, pero muertos que parecían ver y escuchar y se lanzaban alaridos y atropelladas voces unos a otros y daban sentido a unas tierras y a una torre en torno a la cual resistían arremolinadas el resto de las casas con chimeneas negras y rotas, tejados combados, antenas de aluminio para ver todavía televisores en blanco y negro, nidos de golondrinas en los aleros desgajados y por dentro de los canalones abollados y cachifollados... Se preguntaba cómo había llegado a suceder esto en su pueblo, qué causas había detrás de todo este desamparo... Y aún vio, en el interín, vio, para su suerte, el Citroën abandonado en la hondonada, más oxidado y desguazado que hace treinta años que hacía que no lo veía. "Hay que robar a la memoria para que no duela, o sino, hay que adormecerla o engañarla", dijo mientras miraba al coche donde muchas veces se coló para guarecerse de la lluvia cuando ésta lo sorprendía torrencialmente en pleno otoño al regresar de las escuelas de arriba, y ahí tiraba su cartera, en el asiento rajado del copiloto, por donde asomaban las tripas de espuma meadas de los gatos, y él esperaba accionando el volante, más grande que él, tocando cada uno de los mandos inútiles, y se movía haciendo como si condujera, como si avanzara de verdad por ese camino elegido de las grandezas que seguramente lo esperaban con magna impaciencia para acogerlo. Con los labios imitaba el ruido del motor en marcha, tal como él se figuraba, e imaginaba a los limpiaparabrisas funcionando sin sosiego contra las embestidas de la lluvia. Aquel pequeño Claudio, que acababa de tomar la comunión, con todo su pelo cubriéndole la frente y los ojos y haciéndole un remolino en la coronilla,

con toda la piel entera, tierna, suave y delicada como sus manos inmortales. Y se asomaba por el cristal para ver a los diminutos pájaros que planeaban intentando cruzar por el núcleo de la tormenta; pequeñas aves negras, y libres; libres en el lugar donde habían nacido y se habían hecho viejas, no como en la gran urbe, donde inocentes y frágiles gorriones trataban de alcanzar esa libertad extraviada lanzándose hacia la claridad engañosa de las amplias cristalerías de los elevados edificios y se estrellaban para caer abatidos por el inesperado y contundente golpe, perdiendo la vida en el transcurso del precipitado descenso, o muriendo después, revoloteando agonizantes y temblorosos, al estamparse contra el suelo, siendo enseguida despachurrados y rematados en su cruel destino por los neumáticos implacables. Aquí, en cambio, saben que todo el aire es suyo, saben que es un cristal transparente y atravesable e inocuo.

Estaba llegando a la casa, una solitaria casona a las afueras del pueblo, toda de ladrillo y con algunas ventanas cegadas no sabía por qué. Había que subir una empinada cuesta, que él se conocía de sobra, hasta con los ojos cerrados, una cuesta con curvas, que cuántas veces habría bajado y subido de niño, y entonces... allí se la veía, allí estaba, quieta, entera, cuadrada, con el viejo melocotonero a la puerta, poblado de frescas hojas, cada vez más grande y copudo, más anciano, conforme se acercaba, con el tronco casi tan grueso como él y más alto que él, plagado de pájaros reposando de sus vuelos, aliviándose del calor en las ramas retorcidas. A la derecha de la casa seguía la lagunilla, con muy poca agua, reflejando apenas el cielo pristino entre los espacios de las sombras. Allí fue donde él se zambullía cuando regresaba de espigar, agavillar o de atar los haces con sus padres. Allí se refrescaba, entre los chaparros, convertidos ahora en pequeñas encinas, que dejaban ver todo el azul del cielo y toda la luz del sol a cualquier hora del día, incluso cuando aquel trasponía por detrás de la casona, cuando explosionaba y se disolvía en un mar de colores sobre el horizonte. Él ya no era un pueblerino, aquel niño rural, él era un hombre culto, metropolitano, con claras y personales ideas sobre la creación artística, sobre el mercado del arte de la composición, era un hombre que había prosperado por sí solo gracias a su carrera y su talento, que sabía lo que era superar las dificultades y hacerse un hueco entre la competencia despótica y las envidias encruelecidas y luego adquirir una cierta fama y respeto y el caché predeterminado y nada despreciable... Antes fueron pobres (sus padres lo seguían siendo, por lo que se colegía a la vista de las circunstancias), pero entonces nunca se olvidaba cada noche de rezar a la Virgen para que ellos, sobre todo la madre, no se murieran nunca. Qué iba a hacer él sin la madre. Y ahora vivía bien, pero la edad había ido haciéndole más incorpóreo, menos válido a los ojos del tiempo y el futuro, había ido devastando su perfil, consumiéndolo, deformando su aspecto, otrora fresco y lustroso.

Claudio ya estaba frente a la puerta, de madera pintada de azul, como las chalupas, sólo que en ella la pintura se había ido desprendiendo y mostraba las sucesivas capas anteriores, otras capas secas y cuarteadas de colores desvaídos. No sabía qué hacer... Pensó con tristeza, arrepentido, febril, culpable, en sus pobres padres. "Pobres...", dijo, casi clamando. Se decidió a llamar con los nudillos. Esperó. Mientras, escuchó cacarear no muy lejos... Escuchó a la vida aparte de la suya, y no le importó que hasta el momento esa vida con la que se había encontrado no fuera humana. Ninguna voz, ninguna palabra a su llamada. Nada de pasos arrastrándose en el portal, tras la puerta. Una puerta además que no parecía cerrada y que, en cualquier instante, si quería, podía empujarla y entrar.

Serafín Sánchez González

Serafín Sánchez González (Ávila 1962)



BIOGRAFÍA

Profesor de EBG (Especialidad Ciencias Humanas y Licenciado en Filosofía por la UNED).

Autor de novelas cortas: *Las lágrimas de Virginia* y *La Estación*. De la novela, *Cuéntamelo todo Mister Hyde*. Varias colecciones de cuentos y otros tantos poemarios, todo en su conjunto inédito. Hasta ahora ha publicado en la revista *El Cobaya* el cuento bajo el título *Fuera del Hospicio*. Regular colaborador con *Diario de Ávila* en *La revista del Domingo*, sección *La Ventana*. Actualmente trabaja en novela larga, en la que lleva entregado desde el año 2000. Es también miembro colaborador de la Institución Gran Duque de Alba (Asamblea General 2002)

Y así hizo. La puerta se abrió con un chirrido largo y desgarrado, como salido de ultratumba. No estaba seguro de nada, tampoco se atrevía a avanzar más. Por su mente desfilaban muchas ideas atroces, que no sabía de dónde le habían venido y si acaso ya existían en su subconsciente. Le daba apuro hasta decirselas a sí mismo. Por eso sólo las pensaba sin quererlas oír de su boca cerrada, aun cansado de no haber despegado durante mucho rato sus labios resechos y sedientos. La luz de la tarde invadió el portal, y el aire de la calle entró e hizo vibrar las frágiles telarañas fijadas en los rincones de esas paredes todavía enjalbegadas de una cal añil. Miró su reloj. Iba siendo tarde, y ninguna señal, ningún rastro... Comenzó a preocuparse. Estaba viviendo una situación en extremo extraña, por no decir irracional, y se descalabazaba intentando explicársela. "¡Madre, padre...!", gritó. Sus gritos desesperados se introducían como erradas flechas en ese interior lóbrego, que exhalaba rancias emanaciones, podridos efluvios a moho florecido, a orines y excrementos viejos, a orines y excrementos cerrados y secos, a humedad de bodega, a cales descortezadas, a polvo aposentado y encostrado... Desde el umbral, paralizado, sin osar dar un paso, veía los recuerdos traídos de otros lugares aún colgados en las paredes, intactos, sólo velados por el polvo. Desde ahí, se sentía como si no supiera dónde estaba, como si ese lugar le fuera ajeno. "¡Madre!", volvió a gritar. "¡Soy yo, Claudio, su hijo, que ha venido a verla. Y padre, dónde está padre!" Se puso a llorar, la emoción lo ahogaba, la pena, la viveza del dolor lo iban a... Deseaba pedir socorro, pero ¿a quién?. En adelante, los grillos iniciaron sus pláticas musicales, sus cantos monótonos, desafinados, a su juicio, y sin ninguna clara aportación a la originalidad. El eco ensordecido de sus gritos se apagó totalmente.

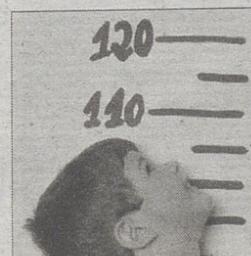
Él, que había renunciado a su piano y sus vacaciones por esta visita, él, que sólo esperaba un aire de violencia reprimida, una infelicidad reflejada en los rostros curtidos de las gentes de su pueblo, las cuales lo mirarían al pasar para estudiarlo, para saber de él sin necesidad de intercambiar una palabra, ahora, sin comprenderlo, se veía como uno más entre ellos, aprisionado en el adagio final de su existir mudo y tético, en tanto (constataba incrédulo) sus manos comenzaban a ajarsele.

Madurar es más que crecer

Y lo hemos aprendido de tí durante más de 125 años

Por eso en Caja de Ávila sabemos que madurar es trabajar por y para las personas, con cercanía, transparencia y garantías. Ofreciendo la experiencia de toda una vida para que lo que crezca sea tu futuro y el de los tuyos.

Gracias a tí maduramos cada día.



CajadeÁvila

Nuestro interés, las personas.

ANIVERSARIO
125

RELATOS DE VERANO

Gregorio, Vladi para los amigos, acaba de regresar a su pueblo natal después de luchar en Rusia en la División Azul. Regresa mutilado y sin la compañía de sus diez compañeros muertos. Triste y desanimado por ésta pérdida, decide rendirles un sentido homenaje en la estación de tren de su pueblo. Armado con una escalera, brochas y pinturas, Vladi hará que nadie olvide su hazaña.

Nombre Ruso para una Estación en Castilla

por Fructuoso Mangas Ramos

Vladi giró levisísimamente la cabeza en un movimiento mínimo y absolutamente imperceptible. No sentía nada y probablemente estaba muerto. Una campesina se acercó a él y le quitó los lentes que todavía llevaba puestos y el reloj de bolsillo, que había sido el mayor timbre de gloria entre sus amigos y conocidos. Si eso era la muerte, no era cosa tan mala, la verdad.

Y se dejó llevar por la nada.

No pudo contarlos, pero sin que él lo supiera habían pasado dos días desde aquella tarde de enero de 1943 cuando su patrulla cayó bajo una nube de granadas. Él ya lo había advertido:

- Si nos dormimos, nos dan.

Y así fue, se descuidaron y antes de una hora, hacia las cinco de la tarde, les dieron. Murieron todos los componentes de la patrulla, once soldados y un sargento. Bueno, todos menos él, porque hacía pocos minutos había recobrado la conciencia y había comprobado con sorpresa que estaba vivo. Malherido y grave, pero vivo. Y todo se le volvió oscuro de nuevo, mientras casi perdía el sentido por un dolor insoportable que le parecía salir de la rodilla y salía hacia arriba como un hierro encendido metido en la carne. Quiso tocar su rodilla y después de un esfuerzo lento y pesado su mano no acertó a encontrarla, a pesar de que seguía allí provocando un dolor insoportable.

Al día siguiente se lo dijeron en un alemán lento y repleto de gestos:

- Tenemos para usted noticias: una mala y es que ha perdido la pierna izquierda; estaba destrozada por la explosión de una granada y hemos tenido que amputársela. La otra es mala y buena, según se mire, y es que usted es el único superviviente de su patrulla.

No sabía si pensar en su pierna cortada o en su patrulla perdida. Habían llegado juntos desde España, pensaba mientras miraba el espacio que tenía que ocupar su pierna izquierda, menos el sargento que era medio español y medio polaco y se había incorporado antes a las Brigadas.

Una lágrima de tristeza y de desánimo le resbaló hasta perderse, cuando pensó en su situa-

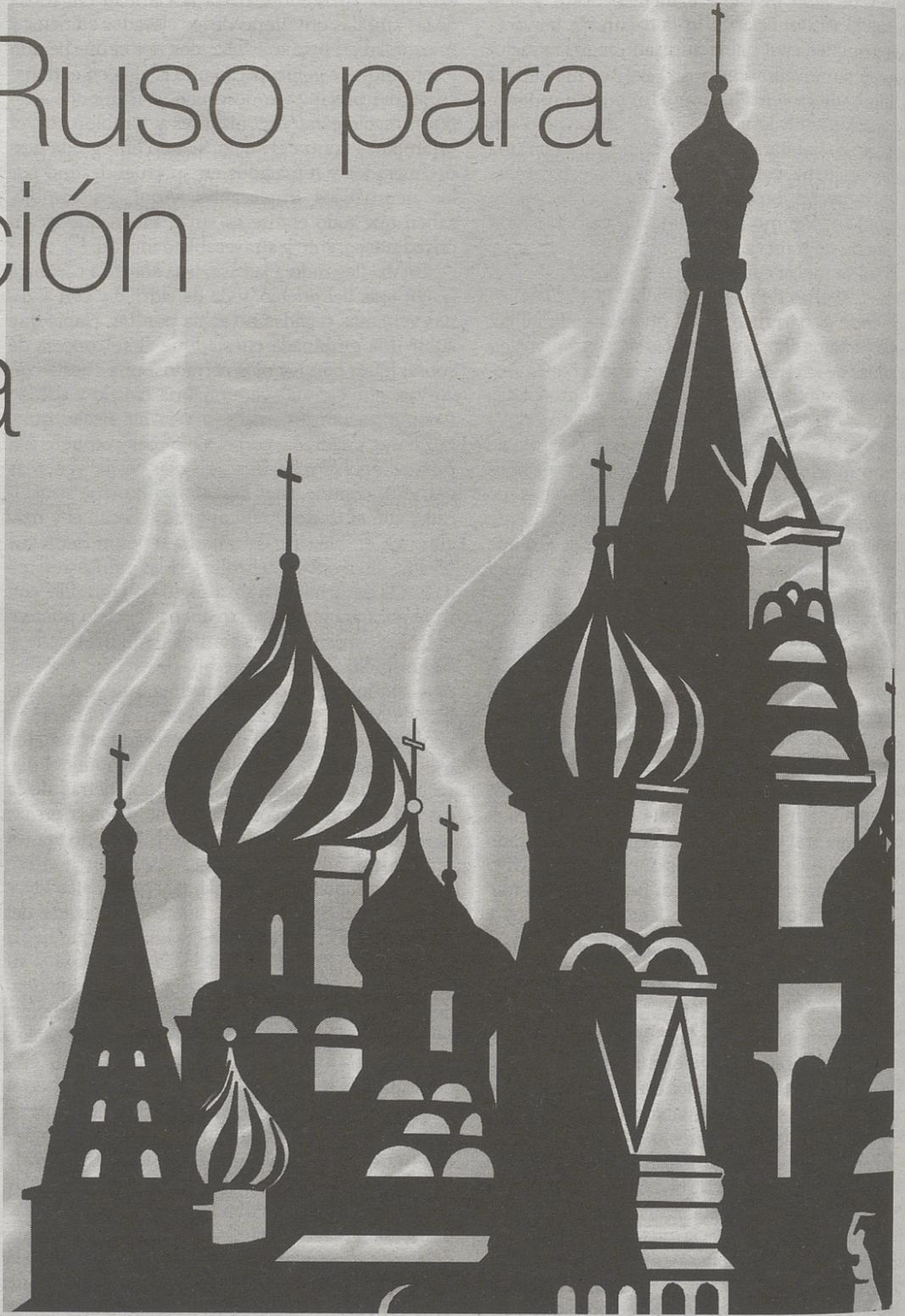
ción, a miles de kilómetros de su tierra y de su familia, sin una pierna y con una larga recuperación en un hospital de campaña olvidado en aquella inmensa estepa. Nunca pudo explicar porqué se alistó en la División Azul y ahora lo entendía menos. Y se acordó de su cuñado, alcalde de Iñigo Blasco, en Ávila, que quiso quitárselo de la cabeza, inútilmente, por todos los medios. Ahora, derrotado y solo, le daba la razón. En buena hora...

Aunque si no se hubiera alistado en un momento de quién sabe qué, no habría conocido a los compañeros que por suerte pudo conocer. Se acordó de Jaime y Goyo, dos maños cargados siempre de razón; y de Manolo, casi pai-

sano suyo porque era de Fontiveros, que andaba siempre hablando de un santo, San Juan de la Cruz, porque era de su pueblo según decía. Y los cuatro andaluces, que fueron siempre el alma de la patrulla, fieles hasta en cualquier tontería. De ellos recibió el mote de Vladi, porque a todos los rusos los llamaba Vladimir y por eso se quedó él con Vladi, tan lejano de su Gregorio auténtico. Y estaban también los dos primos zamoranos, siempre hablando de su semana Santa y del queso y del vino de no sé donde; buena gente, aunque un poco suyos. Y, por supuesto, Amalio, el de Guadalajara, el más veterano y el más entendido en casi todo; lo mismo arreglaba un reloj que hacía un torniquete o boxeaba como un profesional. Y estaba además el sargento, aunque era un hombre distinto y no logró saber qué llevaba dentro.

Y allí quedaron todos, junto a la orilla de un río del que no conoció el nombre, en Krassny-Bor, pocos días antes de que comenzara allí la batalla más sangrienta para la 250 División alemana, la División Azul de voluntarios españoles. Nunca olvidaría aquel paisaje y la pequeña lade-

“ Una lágrima de tristeza y de desánimo le resbaló hasta perderse, cuando pensó en su situación ”



Sólo él sabía que significaba 'bellaciudad' y que estaba dedicado a la memoria de sus compañeros

ra en la que habían hecho un vivac con poca protección y que les costó la vida. Bueno a él la vida no, pero casi, porque sin pierna no quedaba para nada útil. A veces prefería haber muerto allí, antes que quedar como estaba. Este pensamiento se le convirtió en constante pesadilla en el difícil y humillante camino de regreso a Alemania y después a España. Fue un camino de derrota y de vergüenza, pero volvió.

Habían pasado sólo dos años, pero le parecían dos largos siglos. Incluso llegaba a pensar que aquella historia de la División Azul y su pierna perdida en el invierno ruso, era un mal sueño que jamás había sucedido. Sólo la pierna ortopédica, que más mal que bien le servía para andar aunque con una fuerte y dolorosa cojera, demostraba que su historia no era un sueño falso. Y también fue real el homenaje que recibió en la Sede de la Falange en Ávila, aunque a él le pareció patético y recuerda que sólo sentía un deseo: que acabara cuanto antes toda aquella perorata y lo devolvieran a Muñogrande, su pueblo. Y bien real era la pensión vitalicia que le concedió el Gobernador Civil y no digamos la doble cartilla del tabaco, envidia de todo el pueblo. Aunque nada de eso compensaba la falta de la pierna. Pensaba en ella todas las mañanas a la hora de levantarse.

Aunque al medio año de llegar al pueblo se encontró sin esperarlo con el mejor regalo que podría haber imaginado. La estación del tren, a menos de medio kilómetro del pueblo, era en realidad poco más que un apeadero, aunque con un edificio de dos plantas que muchas estaciones podían envidiar. Allí iba de niño, a ver pasar los trenes. Era una experiencia inolvidable ponerse al borde de la vía para sentir de cerca el paso de la máquina, enorme y brutal, echando humo y vapor como una exhalación que sacudiera las entrañas de la tierra en un ruido ensordecedor que amenazaba acabar con todo. Y después, una vez que el último vagón desaparecía al final de la recta, quedaba aquel silencio tan quieto y feliz, al ver que todo seguía en pie como antes. Si algo quiso ser en la vida fue conductor de tren, pero unos años más tarde en un gesto de realismo rebajó sus aspiraciones a jefe de estación, aunque fuera de una estación como la de Muñogrande, en la que sólo paraba un tren cada dos días. Y ese sueño, imposible para él, le acompañó siempre y se le ponía de pie en lo más dentro de su ser cada vez que veía el tren.

Por eso cuando le llegó una carta de Madrid en la que le decían que se presentara en Ávila en las oficinas de la Renfe para recibir el nombramiento de jefe de estación de tercera clase, como premio por los servicios prestados a la nación y a su lucha contra el comunismo internacional, casi perdió el sentido. No se puso contento ni saltó de alegría, se quedó pálido y después de unos segundos rompió a llorar. Y sus lágrimas, como le pasaba siempre desde aquel día en Krassny, cerca de Leningrado, que aquí llaman San Petersburgo, le llevaron hasta la suave

ladera en la que quedaron enterrados para siempre los cuerpos de sus diez compañeros. Para ellos fue su primer sentimiento al leer aquella extraordinaria noticia. Y al instante le nació una idea, casi imposible y del todo descabellada, pero se prometió a sí mismo que intentaría llevarla a cabo en memoria de sus amigos muertos.

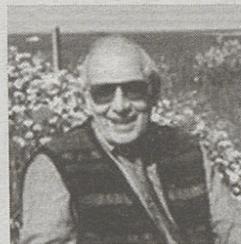
Supo que aquello le había llegado por las influencias de aquel tío segundo suyo, primo carnal de su abuela por parte de madre, que era canónigo en Toledo y del que apenas había tenido noticias después de la guerra. Se lo dijo en una carta, que llegó cuatro días después, en la que se disculpaba por haber hecho la gestión sin contar con él.

- ¡Esto parece un ministerio!, dijo el cartero del pueblo cuando le entregaba la segunda carta en cuatro días. Todo fue muy rápido y diez días después estaba en Ávila con otros siete jefes de estación rural en un cursillo acelerado de formación rápida para jefes de estación de tercera clase. Eran cuatro cosas elementales, pero había que saberlas porque muchas vidas humanas pasaban por sus manos en cada tren, según les había repetido una y otra vez el delegado provincial de Renfe.

Estuvieron dos días y como había mucho tiempo libre, tuvo tiempo de decidir los pormenores para cumplir la promesa que había hecho pensando en sus compañeros muertos sin alcanzar a ver las cúpulas de San Petersburgo. San Isaac dijeron que se llamaba su catedral. Nunca pudieron verla, ni él tampoco. Se perdía con frecuencia en estos pensamientos mientras en un papel iba haciendo pruebas con distintos nombres y recuperando la forma auténtica de cada letra, pues hasta entonces nunca había escrito en ruso ni una palabra y le costaba recuperar con exactitud la forma de alguna de las letras. Por eso cambió varias veces el nombre y al final se quedó con uno que le parecía hermoso y lleno de sugerencias, tanto por lo que significaba como por el eco que le traía de aquel Leningrad nunca visto y del que se hacían lenguas los rehenes rusos. Debía ser una ciudad muy bella, tanto o más que aquella suave ladera de abedules en la que quedaron sus amigos.

Esperó por prudencia quince días, hasta tomarle las medidas a su oficina de jefe de estación. Y aquel lunes, el primero de la primavera, pidió prestada la escalera a su primo Melecio y trajo las tres brochas de diferentes tamaños con los cinco botes de pintura roja que había mandado traer la semana anterior del ultramarinos de San Pedro del Arroyo. Eligió cuidadosamente la hora, porque el rito debía ser realizado con toda exactitud, y a las cinco de la tarde de aquel mes de marzo de 1945 se subió a la escalera armado de bote y brocha. Se balanceaba peligrosamente la escalera a aquella altura de cinco metros desde el suelo sobre la puerta de la estación. Una vez arriba y después de un ligero titubeo volvió a bajar, quitó al escalera y la dejó, con las brochas y los botes, en un lateral del edificio.

FRUCTUOSO MANGAS RAMOS



BIOGRAFÍA

Fructuoso Mangas Ramos nació en Yecla de Yeltes (Salamanca), una localidad portadora de una "espléndida raíz celta". Titulado en Filosofía y Teología por la Universidad Pontificia, este sacerdote diocesano cursó también Lenguas Clásicas. Escritor, poeta y articulista habitual de La Gaceta de Salamanca no desaprovecha ninguna ocasión para detenerse en el detalle de lo que le rodea en esa búsqueda constante de "Aquél, como raíz y cima de la vida". Su curiosidad también le trajo a Ávila.

Había tenido dos ideas y las dos le parecían buenas.

Una era que antes tendría que decirle al alcalde lo que pensaba hacer, porque al fin y al cabo él era la autoridad en el pueblo y le parecía correcto que le diera el permiso correspondiente. Lo encontró limpiando un pajar al lado de su casa y le contó la historia y lo que pensaba hacer. El alcalde se rascó el cuello varias veces, porque aquello desbordaba sus competencias, pero tratándose de Gregorio, su viejo amigo Goyo el mutilado de guerra en Rusia, no tuvo más remedio que darle permiso sin entender muy bien a qué venía aquello. La otra idea, la de dibujar antes con tiza la forma de las letras para calcular una buena distribución en la fachada, le pareció elemental y fue a la escuela de niños a pedirle a Don Alfredo, el señor maestro, unas cuantas tizas.

Eran ya casi las seis de la tarde cuando estaba de nuevo en lo alto de la escalera tiza en mano. Le costó varios intentos para que el letrero quedara centrado y con el tamaño de letra adecuado para que se viera desde la carretera. Quizás había sido mejor ponerlo en la otra fachada, en la de la vía, para que la viera la gente desde el tren, pero más que eso le importaba que el letrero estuviera mirando al pueblo. Porque aquello era mucho más que un letrero.

Aprovechó hasta que se hizo de noche. Apenas durmió por la impaciencia y a las siete de la mañana, con pelliza y boina, estaba ya en la escalera de nuevo. Después de diez horas de duro trabajo, sobre todo porque la pierna ortopédica se le acabó clavando en el muñón hasta hacerle sangre, concluyó su trabajo. Contempló una vez más su obra desde diferentes distancias para ver el efecto final. Y se sintió orgulloso y feliz. Esperó el paso del tren de las seis y media y se fue a casa lentamente, pensando en aquella suave colina de abedules cerca de Krassny-Bor, en el corazón de Rusia.

No pudo aguantarse y a las seis de la mañana se levantó de prisa y fue corriendo a ver su letrero. Allí estaba entero, rojo y verdadero. Estaba en caracteres cirílicos, en ruso, y en grandes letras de más de medio metro decía: LIPGRAD.

Sólo él sabía que significaba "bellaciudad" y que estaba dedicado a la memoria de sus diez compañeros muertos a las puertas de Leningrad, de Leningrado, o sea, de San Petersburgo.

Él no sabía entonces lógicamente que cincuenta años más tarde Renfe derribaría la estación y aquel exótico y bello exvoto desaparecería para siempre. Y tampoco sabía que para rescatarlo del olvido alguien, pocos años más tarde, escribiría este relato.



Escuchar es más que oír

Y lo hemos aprendido de tí durante más de 125 años

Por eso en Caja de Ávila sabemos que escuchar es estar atento a todos y a todo. Sólo así podemos aportar soluciones reales a las necesidades de las personas, las tuyas. Cambiar de coche, reparar la calefacción,...o mudarse a una casa con dos habitaciones más.

Te escuchamos para aprender.

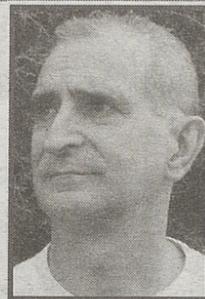
Caja de Ávila

Nuestro interés, las personas.

ANIVERSARIO
125

CITAS ILUSTRES

Ilustradas



Por PPT.

Resulta difícil definir algunos conceptos que, sin embargo, sabemos lo que significan y utilizamos frecuentemente en conversaciones cotidianas, uno de ellos es el término "realidad", relacionado con la verdad, con lo que ocurre verdaderamente y que actualmente se ha enriquecido con varias acepciones como "hiper-realidad", "realidad virtual" o incluso "realidad real", una redundancia que necesita el apellido "real" para enfatizar que no se habla del mundo de los sueños, de la imaginación o de lo fantástico. Este concepto es un magma en el que flotamos, del que dependemos y que nos influye, así cuando alguien se encuentra fuera de la realidad entendemos que está desequilibrado, alejado de la verdad, que su visión sobre los acontecimientos que le rodean es ajena a la sensatez y que su criterio no ha de tenerse demasiado en cuenta.

Los niños pequeños confunden la realidad con las imágenes de la televisión, que no son más que representaciones de la realidad, y alargan la mano para coger un juguete que anuncian desde

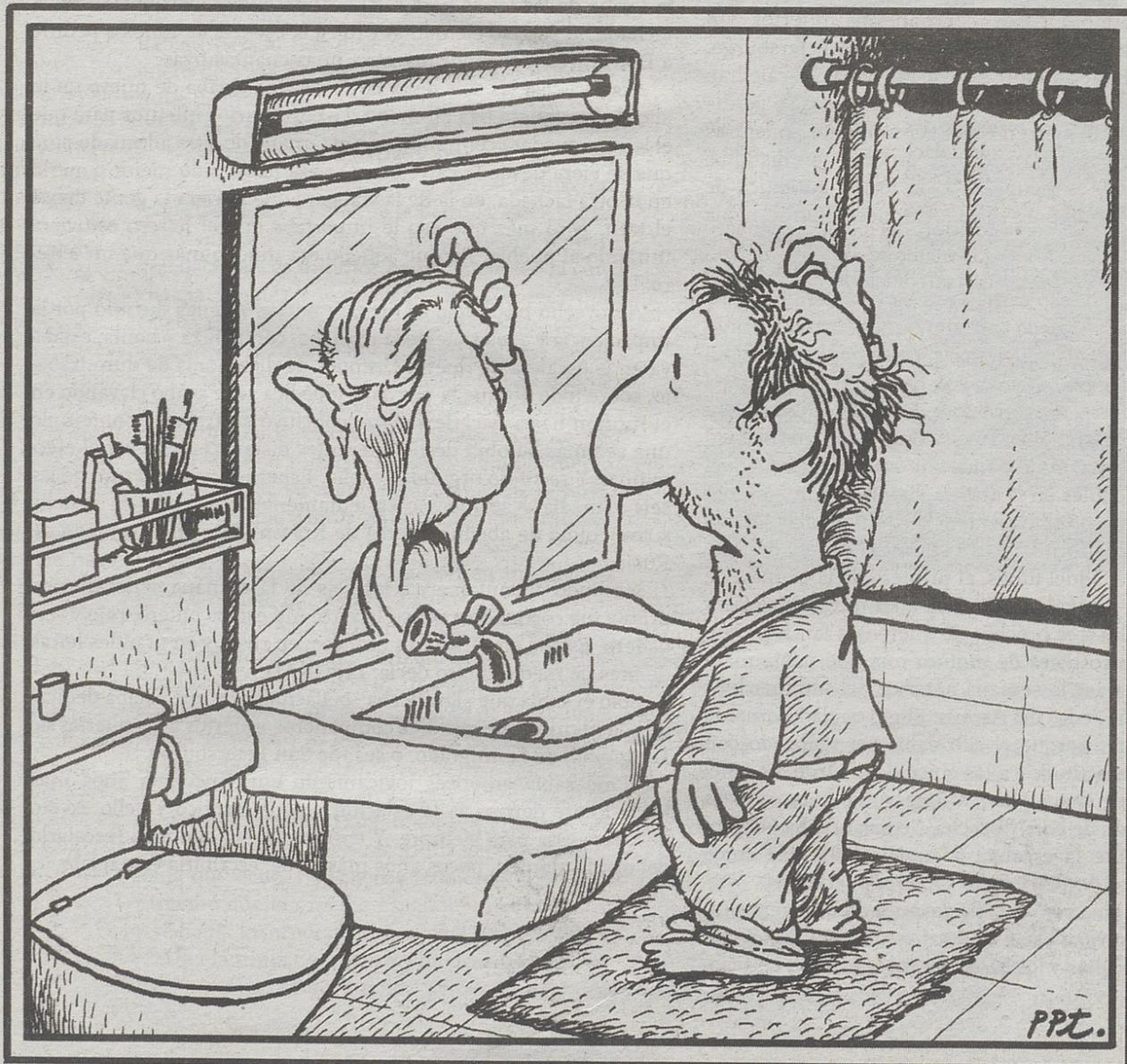
la *caja tonta* (o lista, según se mire). Los jóvenes se sumergen en la ficción y absorben de las series televisivas la manera de vestir de los protagonistas, su forma de expresarse, sus anhelos de futuro y su forma de pensar, todo ello lo almacenan en su disco duro y lo vuelcan cuando se relacionan con sus compañeros reales creando una trama irreal con actores de carne y hueso.

Las nuevas generaciones, las que ya reforzaron sus biberones con kilobytes informáticos, entienden que estar fuera de la realidad es estar dentro de la realidad virtual, generada para que jueguen con Super Mario Bros, con los *comecocos* o con simuladores de coches veloces. Recordemos como en la película *Matrix* los protagonistas viven inmersos en un programa que les proporciona una visión de apariencia real pero que no es más que una construcción informática de un decorado tridimensional animado con un grado extraordinario de parecido con la realidad.

La realidad, por otra parte, es tan subjetiva como lo puede ser el tiempo. No significa lo mismo

para un rico que para un pobre, para un negro en un mundo de blancos, para un banquero que para un hipotecado, para una persona joven que para alguien que tiene la cara surcada de arrugas. Cada uno de nosotros, cuando mira al exterior, ve una realidad inventada, de la misma manera que el enamorado se inventa al ser amado. Sólo cuando nos miramos al espejo con ojos de juez imparcial vemos lo que otros ven de nosotros, su visión cruel, ya que no está endulzada con el cariño y la tolerancia que nosotros nos dispensamos a nosotros mismos, vemos su realidad y nuestro cerebro la procesa con cierta amargura y reconocimiento. Efectivamente, ya no somos ni tan altos, ni tan rubios, ni tan jóvenes.

Afortunadamente no vivimos enfrente de un espejo y al salir de sus dominios recobramos la realidad inventada, ese fantástico lugar en el que habita la imaginación y la mentira amable, ese lugar en el que nos construimos una imagen a nuestra conveniencia y donde vivir merece la pena.



CUANDO UNO SE ENFRENTA A SI MISMO CORRE EL RIESGO DE ENCONTRARSE CON ALGUIEN QUE NO LE GUSTA.
(AGAPITO SÁNCHEZ JIMENEZ)

AGAPITO SÁNCHEZ JIMENEZ (1948)

Nace en La Casa de la Madre (Salamanca) en una familia humilde, poco después cambia la residencia a la Alquería de Naharros de Valdunciel desde donde tiene que desplazarse a diario a la escuela que dista más de tres kilómetros. A los once años ingresa en el Seminario y permanece allí hasta los diecisiete, recibiendo una educación religiosa. Posteriormente estudia en Salamanca Filosofía Pura en la Universidad Pontificia, actividad que simultanea con la venta en la calle de periódicos, lo que le permite una mínima solvencia y la continuación de los estudios. Al terminar la carrera comienza su dedicación docente en Ávila como profesor de Filosofía en uno de los centros públicos de enseñanza. En el 77 obtiene por oposición la plaza definitiva en el Cuerpo de Profesores del Estado, y más adelante, la cátedra como profesor de Filosofía. Desempeña también su labor en Córdoba, Zamora y finalmente en Salamanca donde, además dirige el Instituto de Enseñanza Secundaria Fernando de Rojas. Casado y con dos hijos, es militante sindical e ideológico en posturas de izquierda, aunque sin llegar a fundamentalismos.